

Carta apócrifa del diablo

RAÚL PALMA*

¿Cuáles son los efectos nocivos de la corrupción? Al daño económico que desvía recursos de aplicaciones vitales y aleja a los buenos competidores, debe sumarse la desesperanza generalizada y el caer en la creencia de poder permitirnos faltas menores.

Al escritor inglés C(live) S(taples) Lewis, (1898-1963), se lo conoció más en nuestro medio en 1994, a partir de una versión cinematográfica sobre un tramo de su vida: la película *Tierra de Sombras*, donde fue personificado por el actor Anthony Hopkins. Sus libros —entre otros, *Una pena observada*,

Las crónicas de Narnia, *El gran divorcio*— son muestras de claras convicciones presentadas con agudo e inteligente estilo. Y una de sus obras de deslumbrante inteligencia y una gran concisión —es un libro muy pequeño—, es la titulada *Cartas del diablo* a su sobrino (*Screwtape letters*).

Aquí, C.S. Lewis presenta consejos de un diablo veterano a un joven diablillo que tiene a su cargo un “humano”, con el obvio propósito de “devorarlo”, esto es, conseguir que cometa malas acciones para encaminarlo a las “profundidades” para toda la eternidad. El valor genial de este enfoque, aparece ya en

las primeras líneas de la obra: los consejos para conducir al mal no son necesariamente un negativo fotográfico de los buenos consejos.

“El mero hecho de razonar despeja la mente del paciente, y, una vez despierta su razón, ¿quién puede prever el resultado?” o “Hazlo dirigir su benevolencia a la gente que no conoce y su malicia a sus vecinos inmediatos”, son apenas ejemplos de los consejos diabólicos que con certero trazo Lewis presenta a lo largo de las treinta y una cartas del libro. Y un detalle no menor dentro del mismo, son los términos con los que el autor se dirige a Dios (el “Enemigo”), a Luzbel (“Nuestro Padre de las Profundidades”), y los nombres que da a la familia de demonios: Escrutopo (el tío), Orugario (el sobrino), Globoso, Babalapo, Tripalabis.

Screwtape letters (Cartas del diablo a su sobrino, Editorial Andrés Bello) fue escrito en 1941, ya iniciada la Segunda Guerra Mundial. Hoy Lewis podría haber encontrado argumento para mucho más de esa treintena de cartas. El siguiente plagio de su notable idea central es prueba de ello.

Mi querido Bacinillo:

Estos tiempos son muy buenos para nuestros propósitos, y tus periódicas cartas me lo confirman. Ese fenómeno de los tiempos que se conoce como corrupción, nos da muchas satisfacciones. Pero no —como los muy ingenuos pueden creer—, porque irán a las profundidades aquellos humanos que se benefician con acciones que ocasionan muy grandes perjuicios a sus sociedades.

Estos grandes pecadores son, con todo, muy pocos, y siempre se corre el riesgo de un tardío arrepentimiento que el Enemigo espera y acepta.

Lo importante en estos tiempos es que, por ejemplo, los casos de turbios enriquecimientos —que nosotros debemos tratar que sean magnificados aun sin pruebas—, son motivo para que cientos de miles de humanos comunes, que jamás en sus vidas serán tentados por cifras millonarias, crean que sus cotidianas transgresiones no tienen la menor importancia frente a aquellas. Así proliferan, sin afectar la conciencia de quienes las practican, conductas desleales en los negocios, en la política, en el empleo, en hechos domésticos, en los estudios. ¡Qué importancia tiene demorar los pagos, desatender a clientes, favorecer a amigos, usar pretextos mentirosos, ser indiscreto, fingir una enfermedad, abultar una cuenta de gastos, copiarse en un examen, perjudicar a vecinos y transeúntes, frente a los titulares de diarios que hablan de los millones depositados fuera de su país por un prófugo de la justicia!

Y otra de las buenas consecuencias de estos hechos, es que aquellos conceptuados como grandes pecadores, amparados en las dudas y lentitud de los procesos judiciales, siguen presentes en la vida cotidiana de la sociedad. Y siguen apareciendo públicamente, incluso en reuniones sociales organizadas por ellos mismos, y multitud de humanos, que seguramente no imitarían las acciones de aquellos en nuestro favor, acuden gustosos a esos encuentros, y se dejan ver y fotografiar junto a esos grandes aliados de Nuestro Padre de las Profundidades. Y te puedes imaginar entonces el desconcierto de tantos otros, los muy alejados de esos núcleos, al ver que los muy sospechados, no pierden por ello ni la libertad, ni el prestigio o estima de quienes los rodean. Y si a algún humano le pareciera que está en sus manos una mínima sanción, al menos la de su distanciamiento, aprovéchate de aquella llamada virtud que al Enemigo tanto le importa: la caridad. Susúrrale que el Enemigo no quiere que juzgue, y que le

gustará que acompañe a su hermano tan criticado. ¡En este caso sí hagamos que practique esa virtud a fondo!

A esta situación general, le agregas la muy buena nueva de que tu humano ha sido promovido en su empresa y encargado de las campañas publicitarias en esos grandes maestros actuales de la sociedad que son los medios de comunicación. Hace algunos años, recuerdo haber asistido con zozobra al nacimiento de la televisión. Este medio podía ser muy eficaz en los planes del Enemigo, podía hacer llegar Sus mensajes y Sus métodos, provocar en las gentes la reflexión y el razonamiento, cosas que nunca nos han convenido.

Afortunadamente, nada de eso se ha producido aun, y la televisión sigue prefiriendo, para nuestra conveniencia, el no hablar a la inteligencia de las personas sino a sus emociones e impulsos. Ahora tu joven discípulo tiene que decidir hacia donde encaminar importantes sumas de dinero, y lo controlarán —afortunadamente—, frente a objetivos a alcanzar en el corto plazo. Recordemos aquí lo que Escrutopo sostiene reiteradamente: ningún placer ha sido inventado por nosotros, sino todos por el Enemigo, y lo único que podemos hacer es tratar de que los humanos los apetezcan fuera de lugar, de oportunidad o con alguna desmesura. A ello te agrego que otro de nuestros grandes méritos ha sido diluir la imagen de los placeres distantes —reconocimiento, prestigio, estima— y concentrar la mente de nuestros humanos en aquellos más inmediatos. Llevado a los negocios, confundirlos en cuanto a los beneficios distantes, para que solamente vean los que se pueden obtener en el corto plazo. Nosotros sabemos que estos pueden lograrse a costa de afectar seriamente el futuro del negocio, y en lo personal, acercándolos a las

profundidades, en las que, por otra parte, debes procurar que nadie crea.

Que con el propósito de vender sus productos —que serán sin duda buenos—, tu humano acompañe con los dineros de su empresa mensajes donde se menosprecia y ridiculiza a los honestos, a los trabajadores, a los estudiosos, a los fieles, a los cumplidores, a los patriotas, a los devotos, al mismo tiempo que se presenta, detallada y magnificada, cuando no admirada, la corrupción existente, se invita a los jóvenes, y a los que no lo son tanto, a buscar placeres en toda oportunidad y libertad sin responsabilidad. Donde se exhiben como ejemplos de éxito y consiguientemente como modelos a aquellos —en realidad muy pocos— casos sobresalientes del deporte y del espectáculo, sin mostrar los resultados de los muchos más que fracasaron cayendo por el camino, nos viene de maravillas para nuestros planes.

A quien no le vendrá de maravillas es a tu humano, a su empresa, y a su actividad de negocios, pues, lamentablemente, la prosperidad que busca fructificaría estando más cerca de las recomendaciones del Enemigo. Dejemos que no se dé cuenta de esto, y así seguirá contribuyendo a reforzar la creencia en la sociedad de que él, sus compañeros y sus patrones son como esos personajes que con sus delitos de “guante blanco” tanto nos ayudan para regocijo de Nuestro Padre de las Profundidades. Si llega a caer en la cuenta de esto, apresúrate a susurrarle que “los clientes no asocian”, y que seguirán eligiendo sus productos sin saber que le están comprando a ese empresario “que debe ser igual a todos”.

Pero por sobre todo, si tú y otros con iguales oportunidades hacéis bien vuestro trabajo, en pocos años, obtendremos excelentes frutos de los hábitos y capacidades sociales de los humanos, con jóvenes descontentos con su

trabajo —o sin poder conseguirlo—, y que hoy hacemos sentir felices cuando abandonan los estudios considerados inútiles y aburridos, con adultos que pretenden seguir siendo adolescentes, con cada vez más humanos insatisfechos por no alcanzar lo que desean, dentro de la creciente cantidad de cosas que van apareciendo ante sus ojos y cuya urgencia e imprescindibilidad debemos procurar siempre exagerar en nuestros planes.

La búsqueda del beneficio inmediato, sin medir sus consecuencias, actitud que debemos alentar, creará una sociedad desconfiada, que seguirá nuestros consejos para prosperar, pagando por ello cualquier precio, sin pensar —no los dejaremos— que así llegarán irremisiblemente a Nuestro Padre de la Profundidades, y que probablemente tendrán un anticipo de esas profundidades también en sus últimos humanos años, en ese largo plazo que debemos hacer que descuiden.

Por supuesto que el Enemigo dará batalla y cuenta con humanos muy capaces luchando por Él. Pero aquí aparece otro de nuestros grandes triunfos: los nuestros, ya sea aquellos que siembran el disconformismo y aterrorizan a la sociedad, como los que la contaminan con drogas, los que se apropian de vidas y dineros de otros, y hasta los que tiñen de ridículo la institución familiar o el trabajo, se entienden entre sí, se defienden, comparten eventos y lecturas, e intercambian reconocimientos públicos. Pero, en cambio, aquellos que trabajan para el Enemigo, se separan por mínimos matices, recelan entre sí, y se retacean recíprocamente apoyos, aun el del aplauso o la difusión. No te daré uno de los muchos ejemplos que nos ofrecen los humanos cercanos a su Iglesia, sino este otro: cientos de miles —poniéndose a nuestro alcance— comparten festivales musicales en estadios de fútbol y todo lo ven, hasta los controles policiales y las avalanchas, como

entusiasmantes. Los muchos menos, en cambio, que concurren a escuchar la música de aquel austríaco llamado Mozart, que desde hace dos siglos tantas almas nos ha quitado, se disgustan por discusiones nimias, no asisten a lo que organiza un grupo “opositor” y lo critican, envidian los éxitos que convienen a su causa, y desconfían siempre de aquellos con quienes les convendría aliarse. Debemos felicitarlos, porque estamos logrando que no muestren “cómo se aman”, que es lo que les pide el Enemigo.

Creo que se nos avecinan tiempos muy productivos, pero no por ello podemos permitirnos descuidos. Tu cariñoso tío, Tridentoso.